



Lecciones de la Hora Presente

LAS ELECCIONES UNIVERSITARIAS

El resultado global de las elecciones universitarias en las Universidades Central, de Mérida y de Carabobo, y de las incidencias de la lucha pre-electoral se desprenden, como de premisas necesarias de una serie de hechos, algunos de los cuales queremos ofrecer a nuestros lectores.

a) **LA IRRESPONSABILIDAD DE LOS ABSTENCIONISTAS.** Esos miles de votos en blanco, por su inexplicable ausencia fueron los artesanos de la victoria marxista. Nos alegra el que, por lo menos en la Universidad Central, este año, haya decrecido la marea abstencionista. Con todo, esos tres mil votos ausentes no tienen explicación razonable. Se esperaba recuperar muchos de ellos para las últimas elecciones de Federación de Centros, y se martilleó con insistencia a los inhibicionistas. Algunos de ellos, como haciendo un acto heroico y un holocausto en aras de supremos intereses, se decidieron a votar. Los más se hicieron los sordos. Algunos por rencor, otros por derrotismo o cobardía, algunos más para demostrar su antipatía hacia el oficialismo, y la mayoría por simple flojera, dejaron de votar, mejor dicho votaron rojo. Ellos fueron los que entregaron la Universidad a los extremistas en fácil bandeja de plata.

b) **LA CAMPAÑA DE DESPRESTIGIO DEL PARTIDO SOCIAL CRISTIANO (COPEY).** Con tristeza hemos sido testigos doloridos, aunque no siempre silenciosos, de una ardiente y constante campaña de desprestigio del Partido Social Cristiano. La juventud demócrata-cristiana, especialmente, ha sido escogida como blanco de la campaña. No les absolvemos de sectarismo político, y menos aún de esa fácil demagogia, más de superficie que de fondo, de la que tantas veces hacen gala. Ciertamente que la mácula de oficialismo que les imputan les ha perjudicado, sobretodo en el medio universitario. Su generosa defensa de la democracia y la constitucionalidad, sacrificando intereses de Partido, da un sello de nobleza a su gestión. La juventud copeyana es la fuerza individual más numerosa y aguerrida en la universidad venezolana, y la fórmula social cristiana es para los que miran con esperanza el porvenir, la que salvará nuestra Patria y nuestro Continente y la única, en perspectiva, capaz de construir una América mejor.

c) **LA BRUTAL DETERMINACION DE LOS COMUNISTAS DE OBTENER LA VICTORIA POR TODOS LOS MEDIOS.** Y la conquista de la Universidad la están preparando en los liceos. Y allí la están ganando. Las nuevas promociones de bachilleres que inundan la Universidad son predominantemente rojas, y la marea marxista que puede ser controlada y superada en los cursos superiores, en los inferiores lo está arrasando todo. Son pocos los adolescentes, casi niños aún, que pueden evadirse de la tela de araña marxista en el primer y segundo año de liceo. Los últimos años del liceo son ya una palestra de endurecimiento y adoctrinación marxista, y allí salen fanatizados y bien preparados para conquistar la universidad. La labor de las células comunistas dentro y fuera de los liceos, y la constante labor de agitación y entrenamiento en los barrios multiplican las legiones comunistas de héroes de 13 y 14 años. Para cada liceo mantiene el Partido Comunista uno o más asesores técnicos, bien retribuidos.

El único dique para esta inundación roja en los liceos es un cristianismo dinámico y organizado. Heroicamente, casi solos, nuestros muchachos y muchachas cristianas están dando la batalla a los marxistas. Ni la Iglesia ni aquellas fuerzas interesadas en crear un orden cristiano, o al menos en que no se derrumben las instituciones democráticas, pueden desampararlos en la terrible contienda. En esta hora decisiva por la que atraviesa nuestra patria en ningún sitio son más necesarios sacerdotes competentes, que sirvan de guías a los jóvenes, que en los liceos.

Tras las elecciones universitarias se debe hacer una revisión sincera de éxitos y fracasos, y empezar a preparar ya desde ahora la batalla, que el año próximo será más encarnizada. Para nosotros el arte de aprovechar la derrota es el arte de preparar la siguiente victoria. Y

todos podemos contribuir a preparar la victoria, y formar esa retaguardia firme y unida que necesitan nuestros valientes muchachos que llevan sobre sí todo el sol y peso de la pelea.

CRISIS DE CIVISMO Y DE AUTORIDAD

Rompió la mentida paz de que gozábamos el alzamiento de los marinos de Carúpano. Los momentáneos éxitos de la sorpresa quedaron anulados por las fuerzas leales que, en rápida acción, restablecieron el orden. Antes de las 48 horas levantaron los insurgentes la bandera blanca con rendición incondicional.

Apenas apagado el eco de las ametralladoras del "carupanazo", nuevo brote de sedición en los marinos de Puerto Cabello. Las fuerzas leales sofocan el movimiento. Un saldo elevado de vidas jóvenes, segadas por la metralla, signa los infaustos sucesos con carácter de tragedia.

Los hechos así escuetamente narrados nos prestan ocasión para recordar ideas fundamentales.

Una sociedad no puede vivir sin autoridad. La coordinación de fuerzas hacia el bien común con determinados medios, nunca se conseguirá sin una dirección concreta a la que todos tengan la obligación de someterse. No se presenta la autoridad en medio de la sociedad como invención de los hombres, sino que brota de las mismas entrañas de la institución que sin ella no puede subsistir; por eso lleva el sello del mismo Dios. Con razón el Episcopado Venezolano en su Carta Colectiva de 1958 afirmaba que "con la lógica irrefutable de los hechos llegamos a esta conclusión: la sociedad que es de origen divino no puede existir sin autoridad. Luego Dios debe haberla dotado de autoridad, porque de otra manera hubiera creado una sociedad imposible". Por eso entre cristianos es principio inconcuso: Resistir a la autoridad es resistir al orden establecido por Dios.

Nacido legítimamente un gobierno y procediendo dentro del ámbito de sus atribuciones, todos deben aceptarlo, y no intentar nada fuera de las vías legales, para derribarlo o para cambiar su forma (Código de Malinas-Código Social Nº 58). Mediten bien estas palabras que reflejan fielmente el pensamiento pontificio y reflexionen los aficionados a jugar a la revolución, no sólo en los peligros y males que causan a la sociedad, sino en la delicada situación moral en que se enredan sus conciencias.

Puesto que el hombre en sociedad sacrifica a la autoridad lo más sublime de su ser, el alma por la obediencia, este sacrificio reclama a su vez que la autoridad no pierda el decoro que le presta su origen divino y la alteza de su misión. Bajo su acción los gobernados deben sentirse seguros y con su política debe acrecentar el bien común, aun con el propio sacrificio: Mandar es servir.

Que haya oposición lo pide la democracia. Sólo en países despóticos como Rusia y sus satélites, se arranca de cuajo la oposición. Así se explica el siempre acorde monólogo. Pero admitida la oposición, debe ésta correr por los cauces legales que le señala la Constitución. La Prensa con sus columnas, el Parlamento con sus diputados, los partidos políticos con sus actividades, las elecciones con sus votos, alertan al Gobierno. El peso de las razones expuestas con veracidad y la crítica constructiva escuchada con sinceridad, obligarán a rectificaciones en planes y métodos y evitarán o corregirán errores. Más aún; perdida la confianza de los electores tendrá que entregar el mando a los favorecidos por la mayoría.

Lo que no se puede tolerar es que olvidando todas estas normas, los partidos proclamen abiertamente la insurrección, fomenten la anarquía y armando a sus partidarios los lancen a la agresión, hasta con guerrillas, provocando prácticamente la guerra civil.

Pero en el fondo late un problema más grave. Nada de esto brota espontáneamente; ha tenido su siembra y tras ella viene la cosecha. Nació ésta de pecados de comisión y omisión; porque si, a la sombra, trabajaron sembradores solapados, no los sorprendieron centinelas vigilantes que dormían tranquilos o, en connivencia, hacían la vista gorda.

En las funciones del Gobierno, hoy tan difíciles como complejas, se critica al nuestro una política, por sus efectos, desastrosa. En el ambiente se respira malestar y desasosiego. La seguridad personal decrece por días; el irrespeto y la vulgaridad pululan por doquiera; se denuncia el despilfarro y los desfalcos; se lamenta la falta de trabajo con su secuela de hambre y miseria. Esta letanía, pero más larga, aparece a diario en la Prensa, sin distinción de matices.

Al Gobierno toca mirar por el bien común y empeñarse en mejorar la situación. Con frecuencia en la oposición y, aun entre los mismos partidarios, no faltarán quienes en vez de ofrecerle su leal colaboración, se empeñen en retardar y aun torpedear sus planes. No debe cejar en sus métodos de persuasión y avisos. Pero llegan momentos que reclaman medidas rápidas, enérgicas y radicales. Se impone el bisturí. La extirpación del tumor es cuestión de vida o muerte. Suena la hora de la decisión y energía sin desfallecimientos.

El Gobierno ha sido tildado de lenidad con los extremistas rojos. Con una autoridad serena y fuerte no hubiéramos presenciado el desfile continuo de asaltos, golpes e insurrecciones.

Con esta inseguridad el saldo resulta desfavorable. No llega el capital extranjero; se estancan las inversiones y aun el propio capital vuela a regiones de clima más estable y seguro.

Los hechos imponen una revisión de vida y sin duda, un cambio de conducta.